

Conferencias

Roberto Ibáñez Disertó Sobre el Tema "Nueva Imagen de José E. Rodó"

— I I —

Dedicó, a continuación, Ibáñez, un instante al comentario de algunos aspectos de José Enrique Rodó. El — manifestó, aquí — hubiera hablado, por ejemplo, del poeta, pero el destino de Rodó no estaba en la poesía. O habría estudiado, en Rodó, al crítico, sin duda uno de los mayores de América, pero incompleto, en razón del conflicto entre su ministerio estético y su ministerio moral. O se habría referido, igualmente, al apóstol, a su americanismo, tratando, entonces, del duelo íntimo que se planteó, en Rodó, entre el artista puro y el profeta. O habría encarado, todavía, a Rodó en su aspecto de político o de periodista. Como político — reveló —, en 1904 Rodó anunciaba en sus cartas que abandonaba la política; en 1905, renunciaba a su banca de diputado; pero, en 1908, tornaba al Parlamento; ¿por, qué?: no iba a gusto; la política y el periodismo a menudo desmedraron, en él, energías superiores; mas un drama íntimo le impulsaba a ganarse la vida (así, Rodó debía proveer cotidianamente a "La Razón" de una anécdota que no firmaba, desde luego); lo cual trae a la memoria aquel verso de Martí en que éste, en Nueva York, hablaba de sus "colosales hombros" que, tallados para la pugna herúlica, debían cargar, en cambio, "un grano ruín de alpiste mal trojado". No obstante — agregó —, había, en el periodismo, una noble esencia y, en la política, un sentido superior, que Rodó intuyó y que Unamuno comprendió también, cuando en admirable artículo, donde rectificaba palabras suyas vertidas poco tiempo atrás, exaltara a Rodó como político y como maestro, afirmando que "Rodó fué un gran crítico y un gran político", y definiéndolo como "el político, el verdadero político, el maestro de política, esto es: de civilización y de civilidad y de cultura...".

Ibáñez, mostró, entonces, casi en forma antológica, algún aspecto biográfico de José Enrique Rodó. En primer término, aludió a la estampa de Rodó en el año 1897: El — dijo — había estudiado las relaciones de Rodó y Rubén Darío; cuando Rodó conoció a Darío, era uno de los cuatro redactores de la Revista Nacional; en la primera plana de ese órgano literario, su nombre aparecía junto al de sus compañeros, pero a la zaga, en certificaciones evangélicas: Rodó comentaba la literatura del día y del siglo y, mediante la crítica, trasmutaba con clásico decoro sus energías de poeta reprimido y cumplía su seguro aprendizaje de profeta magnánimo. Algo de ascético — comentó —, de casto y melancólico, se observaba en su figura de la época; un aire de madurez infusa cautelaba su apariencia juvenil; era el hombre de letras: tras las lunetas declinantes, sus ojos atestiguaban en su abstraída expresión, el curso de lecturas sin cuento; y porque leer era volver la mirada hacia adentro, sus ojos — ojos del espíritu, más que de la carne — en su espiritual mirador, tenían ya la mirada de Próspero: miraban para pensar, miraban pensando, absorbiendo ideas; en las imágenes inmediatas (este rasgo extraordinario lo describía el mismo Rodó, en una confesión a Juan F. Piquet, en julio de 1905). Esta estampa de 1897 — añadió, luego — nos presentaba a Rodó en el año en que comenzara no su carrera literaria, (pues ésta se inició, en 1895, antes de la Revista Nacional, en "Montevideo Noticiero" que dirigía D. Juan Antonio Zubillaga), sino cuando era el autor de La Vida Nueva; (Rodó — correspon-

que dirigía D. Juan Antonio Zubillaga), sino cuando era el autor de *La Vida Nueva*: (Rodó — correspondía puntualizar a este propósito — empezó como poeta; dió lugar, preferente después, en su espíritu, al crítico; pero, a partir del año 1900, surgió el profeta, desde *Ariel* a *Motivo de Proteo* y a las crónicas de viaje). Y, de la misma manera, dió a conocer, a renglón seguido, otra estampa de Rodó: *Rodó íntimo*: No había inquietado él — consignó — en esa intimidad sino con el afán de extender el conocimiento de un alma, inagotable, y para obtener, como dádiva última, un más amplio conocimiento de la obra; así, de un caos de hojas sueltas, en varios años de paciente labor, pudo extraer una totalidad orgánica. Los papeles de Rodó certificaban, por sorprendente añadidura, lo que no soñara ninguno de sus biógrafos: la actitud testamentaria del gran escritor; éste, no obstante el desapego que mostro por las confidencias inmediatas, cultivó, pecho adentro, el propósito de confesarse inacabablemente, consignando sus experiencias íntimas, reservando los manuscritos en que las explayara, entregándose, por encima de lo contemporáneo, a la mirada de la historia. Así, los documentos y originales que quiso legar, depuraban su imagen cierta: más humana, de ningún modo menos pura, que la dejada hasta hoy. Y esa imagen de Rodó era una imagen nueva, sí: una nueva imagen de Rodó que surgía y se expandía. Hasta hoy, muchos llegaron a suponerlo sereno por penuria de pasión, y muchos se empeñaron en imaginarlo feliz y tranquilo, sujeto sólo a las contradicciones que derivaban de los impactos corrientes en la vida pública o en la existencia íntima; y muchos lo imaginaron como un temperamento frío, dichosamente sustraído a las leyes de la común humanidad, visto desde que nació: como Próspero, sabio y abstracto y movido únicamente por desinteresados entusiasmos en la prédica de una tarea y en el culto del arte. Y, sin embargo, había, en Rodó, un hombre impresionable, sensible, apasionado como pocos; hasta desvalido, porque sumaba a la excesiva riqueza de la entraña, un orgullo irreductible que lo movía a sellar sus dolores sin compartílos absolutamente con nadie. ¡Cómo se iluminaban, entonces, por dentro, muchos pasajes de su obra que parecían hallazgos literariamente venturosos, ocurridos en el curso de espléndidas especulaciones sin gangre y sin nervios!: así, el símbolo del palacio del rey de Oriente y la íntima estancia inabordable, y así, también, se animaban otras páginas célebres: sobre la vocación, la voluntad, el amor, el dolor. Izábase, pues, esta nueva imagen: la de un Rodó atormentado, solo, agónico. Debía, en efecto, pensarse, por ejemplo, que durante doce años, de 1905 a 1916, en plena gloria, Rodó vivió como un galeote secreto, al remo de obligaciones que su pundonor era incapaz de regatear, en incomunicado martirio, consumiéndose otra vez en el periodismo y en la política, para redimir eslabón a eslabón su innecesaria cadena. Pudo, al fin, conquistar su libertad: sorbo de luz intensa y brevemente gustado en las calladas vísperas del último reposo.